

El factor naval en la conquista de Tenochtitlan



Enrique Tapias Herrero
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Historia Militar

Introducción

Del desastre de la conocida «noche triste» Hernán Cortés sacó varias conclusiones, pero la más importante era que para conquistar la capital era necesario eliminar el acoso de canoas y piraguas enemigas. Después de la gloriosa y extraordinaria victoria de Otumba los agotados conquistadores regresaron a Tlaxcala para recuperar a los numerosos heridos. En ese momento muchos de sus seguidores le presionaron para volver a Cuba, pues creían que ya habían tenido suficiente con lo vivido en pasadas jornadas; además, muchos mantenían intereses en la isla. Pero Cortés consideró el regreso como una traición a la Corona y una deslealtad a sus aliados, y decidió preparar el asalto a la capital. Para mantener activas a sus tropas organizó una campaña de castigo por territorios próximos a Tepeaca, donde tribus, que hasta entonces eran leales, habían matado a un grupo de españoles que cruzaban su territorio.

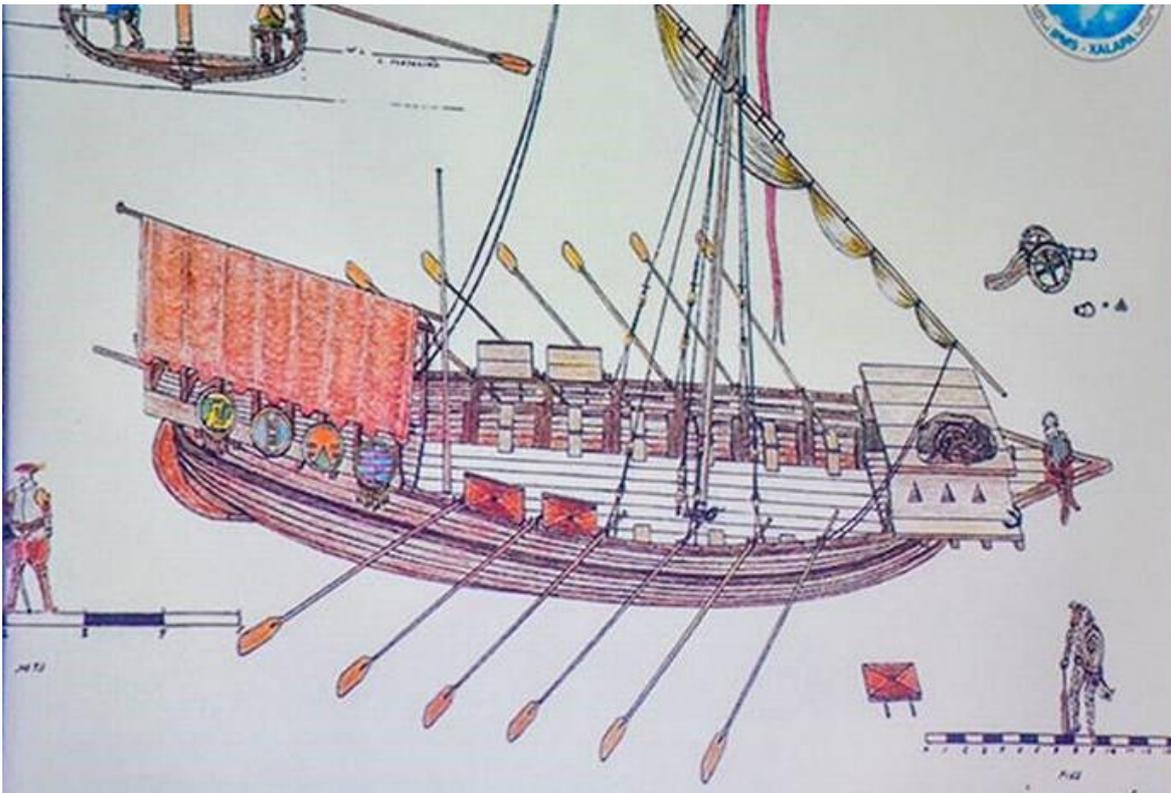
Construcción de bergantines y transporte a Texcoco

Al comprobar que el constructor de barcos Martín López había sobrevivido en la huida de la capital, le ordenó construir trece bergantines de diferentes tamaños, similares a los que habían utilizado cuando retenían prisionero a Moctezuma, y que utilizaban para darle paseos

por el lago. Las velas, jarcias y herrajes, procedentes de los buques desmantelados, los transportarían a Tlaxcala desde la Villa Rica de Veracruz. Con los pertrechos vendrían unas cuadernas de un bergantín antiguo para que sirvieran de modelo. Comenzó la corta de madera y su ensamblaje con una valiosa ayuda indígena y, una vez finalizados los navíos, para poder comprobar su estanqueidad y flotabilidad se construyó un pequeño embalse aprovechando las aguas del río Zahuapan. Hernán Cortés había decidido establecer su cuartel general en Texcoco, lugar cercano al lago, que hasta hacía poco tiempo formaba una alianza con Tenochtitlan y Tacuba; eran las cabezas del imperio mexicana, aunque la capital lideraba la coalición. Una vez que los llamados bergantines estuvieron listos y comprobados, Cortés envió a Sandoval, uno de sus lugartenientes preferidos, con un grupo de castellanos y texcocanos a los que se unirían veinte mil tlaxcaltecas para escoltar una inmensa caravana. Los navíos despiezados, así como sus pertrechos, se transportarían a hombros de ocho mil tamames, al no disponer de animales de carga. Estos tamames se ocupaban del transporte de mercancías a lo largo del territorio mexicano.

La caravana atravesó con dificultad varios pasos de montaña en un trayecto de casi cien kilómetros donde esperaban posibles ataques de guerreros mexicanos; se divisaron varios grupos, pero no llegaron a atacar. Al cuarto día de marcha entraron en Texcoco con todos los honores y un estruendoso sonido de tambores y caracolas. Hernán Cortés, revestido con sus mejores galas y acompañado por sus capitanes y caciques aliados, presenciaron orgullosos la parada, que dada su longitud tardaron seis horas en desfilar. Castellanos y tlaxcaltecas animaban el desfile con gritos de entusiasmo: ¡CASTILLA Y TLAXCALA! ¡LARGA VIDA AL EMPERADOR! Quedaba patente que era inimaginable la conquista de la capital sin la ayuda de los tlaxcaltecas, sus más fieles aliados, así como de los texcocanos y otros pueblos que trataban de desembarazarse del yugo mexicana.

Habría que remontarse a tiempos de los romanos y cartagineses para encontrar un transporte de parecidas características. Sin embargo, varios años antes, Vasco Núñez de Balboa había trasladado cuatro embarcaciones a través del istmo del Darién para depositarlas en el Mar del Sur, por lo que es probable que Cortés lo hubiese tomado como ejemplo. Estos bergantines serían el arma de que dispondría para dominar el lago de Texcoco y así asegurar la conquista de la capital mexicana. Mientras los navíos eran ensamblados de nuevo se construía un canal de media legua de longitud con cuatro metros de ancho y otros tantos de profundidad,



incluidas varias esclusas, que permitiría llevar las naves a las aguas del lago. Para llevar a cabo esta gran obra de ingeniería se dispuso de ocho mil hombres durante dos meses; como puede verse no había problema con la mano de obra. Para la ceremonia de la botadura, Hernán Cortés reunió sus tropas junto a los pobladores de Texcoco para asistir a una misa. El padre Olmedo bendijo los navíos y, tras un cañonazo, comenzaron a deslizarse por el canal hasta entrar en el lago entre el júbilo de los asistentes y descargas de cañones y arcabuces. Uno de los bergantines se excluyó al comprobar que no resultaba muy estable, sin embargo, el número trece se mantiene en todo el relato. Decía Antonio Herrera en su *Historia General de las Indias Occidentales*: «[...] los bergantines... apartándose por la laguna, desplegaron las banderas, tocó la música, dispararon su artillería, respondió la del ejército, así de castellanos como de indios».

No fue fácil reclutar tripulantes ya que la mayoría eran de tierra adentro y, además, los soldados tenían mejor reputación que los marineros. Cada buque navegaría a vela y a remo, llevaba veinticinco tripulantes de los que la mitad se ocupaban de los remos y el aparejo, y la otra mitad estaba formada por ballesteros y arcabuceros; a proa montaba una pieza de artillería de bronce. La capitana tenía veinte metros de eslora y dos mástiles, los demás eran algo más pequeños. Antes de iniciar el ataque, se llevaron a cabo varias expediciones a lo

largo del lago para reconocer el terreno y someter a pueblos importantes como Iztapalapa, Chalco o Tacuba. Era un trabajo importante no solo para aumentar el grueso de aliados con sus piraguas, sino para asegurarse los alimentos que necesitarían en el asedio. Y esto ocurría en paralelo con una campaña del líder mexica Guatemocín, que ofrecía a pueblos partidarios y neutrales exención de impuestos e interesantes beneficios si aseguraban su lealtad.



Asedio y victoria

En la disposición para el asedio, Cortés organizó sus fuerzas en cuatro cuerpos. Tres estaban comandados por los capitanes Alvarado, Olid y Sandoval, y ocuparían las entradas a las calzadas principales de acceso a la capital. El cuarto lo lideraría Cortés a bordo de la flotilla de bergantines, con idea de acudir a donde se le necesitase, ya que las calzadas estaban cruzadas por canales cuyos puentes habían sido destruidos para dificultar la marcha. Los navíos se utilizarían como puentes en muchas ocasiones, ayudando con su poder artillero. Cuando la flotilla se dirigía a apoyar a Sandoval en su conquista de Iztapalapa se produjo un combate naval contra más de quinientas piraguas y canoas enemigas cargadas de guerreros. El inicio de la contienda resultó incierto ya que el viento estaba en calma, pero algún santo patrono se apiadó de los castellanos, pues saltó un viento favorable que hinchó las velas y permitió a los bergantines arremeter contra las embarcaciones indígenas, destrozando

muchas de ellas y poniendo en fuga a las restantes. Esta victoria resultó esencial para Hernán Cortés, pues llevaba asociada un componente de temor ante el nuevo recurso castellano. Los navíos, en unión de las canoas de pueblos aliados, impidieron que la ciudad se abasteciese por el lago, por lo que se creó una gran hambruna en los sitiados.

Al final del asedio, Guatemocín, el sucesor de Moctezuma, que no quiso aceptar varias propuestas de rendición, escapaba con su familia por el lago con tres grandes canoas, pero fue avistado por uno de los bergantines de vigilancia que consiguió apresarlo y llevarlo ante Cortés. El extremeño, en su tercera carta de relación al rey, explicaba lo importante que había sido para la conquista de la capital el apoyo suministrado por los bergantines.